

## El Manifiesto republicano

### LA JUSTICIA

Como no podíamos menos, dada la importancia que tiene la función, también el Manifiesto republicano se ocupa de la administración de justicia, aunque no tan detenidamente ni con la valentía que demanda la reforma.

Los mismos gobiernos de la restauración convienen en las deficiencias de nuestros procedimientos de enjuiciar y en los vicios y defectos de que peca la administración de justicia, cuya viciosa organización da origen á tremendos abusos, á crueles injusticias, á desigualdades que irritan, sublevando la conciencia de los hombres honrados que tienen que ver con los Tribunales.

Tanto el personal directivo como el subalterno, éste aun más que aquél por la acción más directa é inmediata con el público, deben desaparecer totalmente, mediante una verdadera revisión cuanto al primero, y una selección muy escrupulosa por lo que al segundo se refiere, no violando los derechos justos y legítimos, sino procediendo rápidamente á depurar hechos y deducir responsabilidades. Es decir, que ese mismo código de que tanto han abusado algunos de ellos marque sus responsabilidades, y les imponga la sanción correspondiente al delito.

No es posible desconocer probidad, honradez, sabiduría y verdaderos conocimientos en funcionarios de todas las esferas y de todos los órdenes y ramos en que se divide la administración de justicia. Pero hay que convenir también en que las polacadas, los abusos, los verdaderos atropellos de los gobiernos han abierto brecha y mancillado la honra y los prestigios de esta institución, á la que hay que dotar mejor, disminuir las jerarquías, simplificar los procedimientos y purificar el ambiente en que se agita con todos los vicios, con todos los defectos, con todos los inconvenientes del antiguo régimen, que no se supieron ó no se quisieron destruir por los legisladores de la restauración.

La moralidad corre parejas con la absoluta falta de educación, y el trato muy deficiente de que es objeto el público por los funcionarios que alardean de severidad rayana en grosería contra los serviles, y que se prosternan sumisos, y complacientes cuando tienen enfrente algún poderoso personaje.

Demanda la justicia medidas radicalísimas por lo que al personal se refiere, que nosotros suspenderíamos en el acto para comenzar de nuevo con personal completamente nuevo, sin perjuicio de reintegrar en sus puestos ó en los similares que se crearan á los funcionarios que hubieran salido bien librados de la instrucción á que debía someterse á todos.

Supresión de derechos á todos los funcionarios, disolviendo esos colegios, que no son más que centros contrarios á los intereses del país. Supresión de sustitutos y habilitados. Responsabilidad gradual á los funcionarios directores y á los subalternos, que dependerán del Estado.

La responsabilidad se hará efectiva rapidísimamente, sin el antejuicio, licencia, etc; que hoy prescribe la Ley y que no es más que un recurso para imposibilitar la acción del particular. Vigilancia estrecha y rigurosa de inspectores ajenos por completo á las funciones judiciales. Señalamiento máximo de la educación de toda clase de juicios, haciendo responsable al juez y á los subalternos de la prolongación de un día más, sin perjuicio de las responsabilidades que en sus derechos ó intereses puedan corresponder á las partes.

Toda benevolencia, toda transacción en este punto con el sistema actual; todo acto de debilidad ó toda omisión que acuse miedo para acometer la reforma tan radical como necesaria, significará un golpe asestado en el corazón de la República y un desencanto en la conciencia del país, que quiere equidad, justicia y orden, que tranquilice las conciencias y sea garantía del derecho de todos.

Sin esto imperará el favor, perdurará el abuso, y el régimen caerá envuelto en todos los vicios del actual sistema.

Si ha de haber justicia es preciso destruir el

año arbol por el tronco; si atendemos sólo á la poda de las ramas, naceremos desacreditados.

A. A.

## Nota del día

### HAY PUNTALES...

Con acentos jermiácos, los que se conducen de oficio por la muerte del general Martínez Campos aseguran que desde esta hora falta á la institución majestática su más firme puntal.

Y haciendo conjeturas para lo porvenir, temen por la suerte de nuestra lucida monarquía.

Pecan sobradamente de pusilánimes esos fervorosos dinásticos, más afligidos ante la idea fatal de que el turrón pudiera escaparse, que ante la probabilidad más ó menos remota de que la corona quedara indefensa, vencida y pobre.

Por mucha que sea la fuerza que irradió hacia el trono de los Borbones la traición de Sagunto, no es tanta que por sí sola mantenga en su pitanza al poder real, ni es toda la suficiente para que, sin ayuda de segundo elemento, corran vida beatífica las instituciones.

Hemos progresado, mal que nos pese confesarlo, por virtud de las saludables enseñanzas y confortantes ejemplos de la restauración.

A la espada sangrienta, á la fuerza destructora, ha sustituido con ventaja la cogulla persuasiva.

Emblema por emblema, entre el tajante acero y el cerquillo perfumado, no es dudosa la elección, y aun más si entre damas anda el juego.

Murió Martínez Campos, pero vive Montaña. Murió el general, pero queda el jesuita.

Hoy, que las graves cuestiones que á la realza y al interés de la Patria afectan, se resuelven en los confesonarios, desde donde parten con discreción, pericia y habilidad, las órdenes y las inspiraciones que han de causar estado, ¿qué importa que caiga un puntal como Martínez, símbolo de una aventura?

Sagunto con sus gritos borbónicos, sus soldados en el campo de batalla, y su general traidor á la República, no se repite.

Todos los Saguntos que esperen los timoratos saldrán amasados sin gritos, sin regimientos y sin generales, del Vaticano y de Loyola.

No teman por el puntal caído.

Hay otros puntales que valen más, desde que la espada se convirtiera en guardián de la cogulla.

J. MARCIAL DORADO.

## Murmuraciones

Como el telégrafo está mudo, no podemos tomarle el pulso á la política nacional.

Si sabemos, no por obra de varón, sino del Espíritu Santo, que todo sigue igual.

Que Silvela, rehecho de la profunda desgracia de haber perdido para siempre al que le dió la primera cartera de ministro, se dedica con empeño á arreglar lo de la Marina.

Convencido hasta la saciedad de que necesitamos barcos para entretenernos, y para entretener al personal, anda meditando de dónde va á sacar los acorazados y los cruceros.

El ministro de la Guerra, por su parte, entre sermón y misa, y entre novena y confesión, se pone al habla con las casas constructoras de cañones de tiro rápido, para ver la manera de la que nos vamos á valer para adquirir los que nos habrán de quitar el día que se decida acerca de la suerte que nos haya de caer en el reparto que hagan las grandes potencias de las vestiduras españolas.

Allende Salazar, ministro de Hacienda con la nariz mala, se propone, cuando le remiendan la nariz, discutir los céntimos, con el fin de poder acceder á todas las pretensiones que se le formulan, entre ellas los millones de pesetas que habrán de dárseles á la princesita para que pueca contar con una dote digna de su estirpe.

Vadillo, el celebrado Vadillo, sacristán con toga y muceta, arreglando los establecimientos penitenciarios para que en ellos puedan mangonear frailes y beatas, y que, á la hora de la chamuschina, no les coja desprevenidos, y, en último caso, se lleven hasta los cerrojos de las cárceles.

García Alix, ministro de Instrucción pública, enredando la madeja de la enseñanza, con el objeto de que los estudiantes brutos lo sean más.

Gasset, ministro de Agricultura, ensayando los últimos arados en la confección de su querido *El Imparcial*, de donde salió y adonde volverá, una crisis mediante.

Todos y cada uno mirando, por supuesto, por la regeneración del país, y la regeneración sin llegar.

Viene en tren de mercancía, y está parada por ahí en alguna estación de poco tránsito.

\*\*

El *Suplemento* de la *Revista de Tribunales* dice cosas horrosas de la Higiene, porque sabe un sin fin de tropelías de las hechas en la calle por esos señores que se llaman autoridades. Dice que á las chicas guapas que de noche solas salen llevan detrás alguciles con el encargo de darles, el disgusto... si no pagan cuarenta ó cincuenta reales. Que el Gobernador no vive, que el Gobernador no sale, que el Gobernador no piensa más que en eso... ¡Qué notable nos resulta el señor Cuesta gobernando en este valle andaluz, grandiosa mina con la mar de minerales!

\*\*

La *Bandera Regional* de Plasencia dice lo siguiente:

«En Montehermoso están los ánimos indignados contra el cura por haber resultado embarazada una hermosísima hija de un labrador, viviendo ahora el cura en compañía de otra joven, también muy bella.

Hasta los chiquillos hacen objeto de sus burlas al buen padre... de almas.

Y que nieguen los impíos la moralidad de la gente de sotana.»

Nosotros los impíos no negamos la moralidad de dichos señores.

Lo que negamos es la castidad.

Y una cosa es la castidad, y otra cosa es la moralidad.

Ese cura puede ser un cura moral, no obstante haber resultado embarazada una hermosísima hija de un labrador.

Porque esas cosas se hacen moral y evangélicamente. *Crescite et multiplicamini*. Y el cura de Montehermoso se *crescita* y se *multiplicanea* hermosa y labradamente.

Ahora bien; eso de vivir en compañía de otra joven, también muy bella, ¡ya no es moral!

Porque dejar á la hermosa labradora con su curita chico, y enredarse con otra, eso... es un adulterio manifiesto, y una ingratitud.

Aquí lo del loco Amaro: —Quien hizo el cohombro que se lo eche al hombro.

Y ese cura no se lo echa. Sino que se lo deja á la hermosa labradora para su entretenimiento.

\*\*

La generación que se va:

«En la noche del 24 del corriente ha fallecido en el hospital de Ciudad Real una anciana que contaba cien años de edad.

En la misma sala, y cama contigua á la que ocupaba la difunta, se encuentra otra anciana que suma la respetable edad de ciento dos años.»

¿Habrá alguno, de la generación presente, que llegue á esa edad?

Desde que inventaron las bendiciones apostólicas muere la gente más pronto porque el Vaticano recoja dinero.

\*\*

Dice *El Noticiero* de hoy:

«Al salir ayer tarde de la plaza de toros por la puerta del Baratillo el rico propietario de Constantina D. José Morón, acompañado del matador de novillos Angel Carmona, el *Camisero*, unos raterillos le sustrajeron del bolsillo del chaleco un magnífico reloj de plata.»

Colega: Ó falta reloj, ó sobra rico propietario.

Porque tanta riqueza pa llevar un reloj de plata, cuya magnificencia no pasa de doce pesetas con garantía y todo, me parece que no compajina.

\*\*

Anuncian de Campanillas que las lluvias han causado en todos los predios rústicos muy considerables daños. Pues con tantas campanillas, pudieran haber logrado, pagando unas rogativas, de que no lloviera tanto.

\*\*

Verán ustedes cómo se portan los bandidos yanquis. Bandidos, según los llamaba nuestra prensa de grande y de pequeña circulación:

«Recordarán nuestros lectores que el mismo día que sucumbió en el Caney, cerca de Santiago de Cuba, el general Vara del Rey, pereció también el coronel Sr. Baquero, que mandaba las fuerzas que defendían la loma de San Juan, sin que su cadáver fuera hallado, no obstante las investigaciones hechas oficialmente y por la familia del heroico desaparecido.

No hace muchos días recibió el señor ministro de la Guerra una carta de un coronel del ejército americano que asistió al combate, diciéndole que aquél murió destrozado por una granada, y que, al ser enterrado, le recogió el reloj, una sortija y otros objetos de valor, que pone á su disposición para que los haga llegar á los herederos del coronel señor Baquero.»

Exactamente lo mismo que hicieron los españoles cuando en Punta Brava dieron muerte á Maceo.

Que uno se llevó el reloj, otro se llevó el revólver, otro los calcetines.

Menos á Maceo—que era lo que debieron librarse—todo lo demás desapareció como botín de guerra.

Y... ¡por ahí estará empeñado!

CARRASQUILLA.

## Martínez Campos

### EN MARRUECOS

#### (INTIMIDADES)

#### II

En la campaña de Melilla salieron á luz todos nuestros vicios: ninguna de nuestras virtudes. D. Quijote se vistió la armadura y recorrió España, enloqueciéndola con sus dislates.

Queríamos trofeos de orejas, escalar el Gurgú, poner la cruz en el propio palacio del emperador de Marruecos.

La pintoresca sacudida nacional de Melilla sirvió para demostrar que no habíamos adelantado un palmo desde la conquista de Granada hasta nuestros días. Sentamos el mismo odio de los antiguos cristianos, iguales fanatismos, idéntica patriotera de romance de ciego. Aún no habíamos perdido tres colonias ni sentido en las mejillas el tremendo bofetón de Santiago de Cuba.

Llevábamos por entonces el chambergó con cierta gracia, poníamos la mano en la empuña dura de la tizona con alguna gentileza... Hoy el sombrero de apolillados plumajes se nos cae como á un borracho: la espada es un pincho de asador... El ideal político de la campaña de Melilla se encerraba en una copla que por entonces cantaban fregonas y soldados con gran éxito:

«De las barbas del Sultán  
tenemos que hacer escobas,  
para barrer los cuarteles  
de las tropas españolas.»

¿No es verdad, queridos compatriotas, que somos muy brutos?

¿Teníamos acaso necesidad de afeitarse al sultán? ¿Importaba á nuestra salvación el cristianismo ó el mahometismo, la cruz de Cristo ó el zancarrón de Mahoma? ¡Cuánta estupidez!

El negro fondo de la cuestión de Melilla era un vulgar proceso de contrabando.

Nosotros sabemos ser héroes para conquistar colonias; pero nadie nos gana á pillos para perderlas. Melilla era un presidio suelto; allí se robaba y se contrabandaba á calzón quitado. Aquella guerra debió terminar con un pinchazo á tiempo de los empleados del felato. Quisimos elevarla á categoría de romance épico, digno de una flor natural, y por poco perdemos 30 ó 40 mil hombres y 500 ó 600 millones.

Martínez Campos vió claro en la campaña. Sus cañonazos se redujeron á tomar té con los bajos del campo enemigo; sus conquistas á la de varios pilones de azúcar con que le obsequió la pillería moruna. En nuestra primera guerra de Africa no conseguimos otro fruto que el inspirado libro de Alarcón. Fuimos héroes, fuimos poetas, fuimos viejos cristianos; pero cuando llegamos á Tetuán nos volvimos á España cargados de ochavos morunos. Aquella gran representación final de la historia de España nos costó ríos de oro y cataratas de sangre. Y es que los españoles, cuando no tienen carlistas con que pelear, inventan moros. Al fin y al cabo todo es guerra civil, sea carlista, sea moruna.

Martínez Campos probó ser un habilísimo diplomático echando jarros de agua fría en el vino rancio de nuestras quijotescas leyendas. Faltaba el epilogo de su práctica, pero admirable campaña pacífica, y este epilogo consistía en traerse los ochavos morunos. Se hizo nombrar embajador cerca del Sultán de Marruecos para sacarle los cuartos. Su misión era difícil y

